

Leg 23 cuaderno 1

1729 - Leg. 23

UNIVERSIDAD LITERARIA DE SANTIAGO.

DISCURSO INAUGURAL

DEL

CURSO ACADÉMICO DE 1884 Á 1885,

POR EL

Dr. D. Gumersindo Laverde y Ruiz,

Catedrático de Literatura general y española é individuo correspondiente de las
Reales Academias Española y de la Historia.

Impreso de orden de la Universidad.

SANTIAGO:

OFICINA TIPOGRÁFICA DE JOSÉ M. PAREDES,
Virgen de la Cerca número 12.

1884.

LIBRARY OF THE
BIBLIOTHEQUE NATIONALE

DISCURSO INAUGURAL.

UNIVERSIDAD LITERARIA DE SANTIAGO,

DISCURSO INAUGURAL

DEL

CURSO ACADÉMICO DE 1884 Á 1885,

POR EL

Dr. D. Gumerindo Laverde y Ruiz,

Catedrático de Literatura general y española é individuo correspondiente de las Reales Academias Española y de la Historia.

Impreso de orden de la Universidad.

SANTIAGO:

OFICINA TIPOGRÁFICA DE JOSÉ M. PAREDES,
Virgen de la Cerca número 12.

1884.

HTCA
U/Bc LEG 23-1 n°1729



1>0 0 0 0 6 3 0 3 8 4

UVA. BHSC. LEG 23-1 n°1729

Excmo. Señor:

AQUEJADO por graves padecimientos que postran el cuerpo y abaten el vigor del espíritu, robándole la tranquilidad tan necesaria para los trabajos intelectuales, sólo en cumplimiento de un precepto reglamentario puedo presentarme ante vosotros en esta ocasión, á la par solemne y dolorosa para mí, que, más que un discurso, vengo á leeros una especie de testamento literario. Los desaliñados apuntes con que he de ocupar vuestra benévola atención y poner á prueba vuestra sabia indulgencia no son más que un

laborioso esfuerzo para llenar este deber hasta donde es asequible á un entendimiento flaco y sin brios y á una imaginación desprovista de fuego y de colores.

Nunca tiene la memoria de los alegres dias de la juventud tanto hechizo y halago como cuando, cano ya el cabello, las sombras del dolor anublan el alma. No extrañéis, pues, que, al tratar de elegir tema para la presente oración, haya vuelto los ojos hácia el campo en que primero ejercité la tosca pluma, hácia el vasto campo de la filosofía española.

¡La filosofía española! Ella fué, casi desde la adolescencia, el asunto preferente de mis humildes lucubraciones, á pesar del profundo descrédito en que, por entonces, había caído, ó, mejor dicho, á causa de ese mismo descrédito. Tal y tan grande era éste, que para nada la tenían en cuenta los tratadistas é historiadores de la filosofía, á la sazón en boga, no ya solamente los desafectos á la tradición nacional, pero aun aquellos en quienes, como en el esclarecido Balmes, más viva y acendrada ardía la llama del españolismo. Impulsado por cierto instinto patriótico, que se

rebelaba en mi interior contra semejante menosprecio, dime á vindicarla, encareciendo sus excelencias y aun fantaseando, para mayor realce de su fecundidad y riqueza, escuelas, ciclos y corrientes doctrinales, más ó menos conformes con la verdad de las cosas.

De poca ó ninguna consecuencia habrían sido aquellas endebles, aunque bien intencionadas, tentativas apologéticas, si otros escritores, entre ellos algunos de alto renombre, obedeciendo á los estímulos del patriotismo y del amor á la ciencia, no vinieran luego á laborear más profundamente el terreno que yo apenas había desflorado. Excuso deciros el gozo que experimenté al ver cómo prosperaba el grano de mostaza. Llegó, empero, mi júbilo á su colmo cuando, obligado ya á desistir de toda suerte de empresas literarias, tuve, como en compensación, la dicha de conocer al portentoso joven, entonces oscuro, hoy célebre y celebrado en ambos mundos, propugnador acérrimo de *La Ciencia española* y caudalosísimo historiador de *los Heterodoxos españoles* y de *las Ideas estéticas en España*, á cuya voz, como al conjuro de un

mago, surgen continuamente de las ruinas de lo pasado tantos y tan preciosos monumentos, hasta aquí inéditos ú olvidados, de nuestra antigua sabiduría. ¡Cuán largo camino ha recorrido, desde mis débiles y premiosos ensayos hasta sus admirables obras, donde se muestra ya victoriosa é incontrastable, la reacción en favor de la filosofía y de los filósofos peninsulares, antes en tan baja estima tenidos!

De uno de estos filósofos voy á daros idea, aunque somera y breve. No dudo que su nombre sonará extraño en muchos oídos. SEBASTIAN FOX MORCILLO (que así se llama el varón insigne á quien aludo) ha sido poco afortunado en punto á lograr biógrafos y comentadores (*), sin embargo de merecerlo tanto ó más que otro cualquiera de los maestros del pensamiento ibérico (exceptuados los *Dii majores*, Séneca, Averroes y Maimónides, Lulio, Vives y Suárez). La mayor parte de los

(*) El artículo sobre FOX MORCILLO incluido en mis *Ensayos críticos* es tan ligero que no invalida la exactitud de este aserto.—El tomo II de la *Historia de las Ideas estéticas en España*, donde el Sr. Menendez y Pelayo le dedica un bello estudio, no es aún del dominio público al escribirse el presente discurso.

sucesos de su vida permanecen envueltos en nieblas; todo lo que de él nos dicen nuestros bibliógrafos y críticos cabe en muy pocas líneas. Sus libros son tan extraordinariamente raros que quizá no hay biblioteca en Europa que los posea todos, y, por supuesto, nadie se ha cuidado de reimprimirlos en colección ordenada y correcta, que á tanto alcanza nuestra proverbial incuria. ¿Qué más? El sapientísimo filósofo que ocupa la sagrada Cátedra de San Isidoro ofreció, no há mucho, un premio para el Autor de la Memoria en que mejor se expusieran las doctrinas de FOX MORCILLO. ¿Creeréis que allí, en la culta Sevilla, en la cuna misma de este clarísimo ingenio, nadie ha respondido al llamamiento del ínclito Prelado?

Asombro causa, en verdad, tan adversa fortuna, cuando reparamos que FOX MORCILLO ni en su tiempo ni en la edad siguiente fué un escritor oscuro, sino antes bien muy conocido y encomiado, como lo demuestran las triples y cuádruples ediciones que de algunos de sus libros se hicieron y los honoríficos y singulares epítetos de *filósofo prestantísimo*, *ele-*

gantísimo, doctísimo, sólido, fundado, etc., con que, á porfía, le honraron, en años bastante posteriores á su muerte, críticos de tanto peso como Auberto Mireo, Gabriel Naudé, Gerardo Juan Vosio y Mr. Boivin, para quien su obra de la concordia platónico-aristotélica era la mejor y más sabia que sobre el asunto se había escrito desde el Renacimiento hasta el siglo XVIII. Y crece y sube de punto la extrañeza al considerar que los libros del humanista y filósofo sevillano, aunque bastante numerosos, son por lo común de poca extensión y de muy amena lectura, mostrándose el Autor, no sólo pensador profundo, sino también elegante literato y, como ahora dicen, *estilista* consumado, enriquecido con los tesoros de la elocuencia griega y latina, que él amorosamente estudiara en los Diálogos de Platón y Marco Tulio, á cuya imagen y semejanza compuso los suyos. A casi todos ellos puede aplicarse lo que del *De Historiae institutione* dijo el erudito y malogrado investigador Sr. Godoy y Alcántara, autor de la inapreciable *Historia de los Falsos Cronicones*, es á saber, que el estilo y los procedi-

mientos del escritor sevillano estaban, con el arte de los antiguos, en la misma relación que, con la escultura ateniense, las obras de Benvenuto ó de Juan de Bolonia. Y realmente, al leer los diálogos *foxianos* parece como que se respira la misma atmósfera de serenidad y buen gusto que en los de Cicerón ó en las *Instituciones* de Quintiliano. ¿Cómo explicarnos, pues, el olvido en que vinieron á caer escritor de tal nombradía y libros de tanto precio? ¿Diremos que la negra suerte, que persiguió al filósofo platónico haciéndole naufragar cuando, no cumplidos aún seis lustros, venía á España para ser maestro de un príncipe, se ensañó también con su memoria, á lo menos aquí donde más viva y enérgica debiera subsistir para gloria y enseñanza de sus compatriotas?

Si la diligencia del famoso arqueólogo y poeta Rodrigo Caro, en su obra, todavía manuscrita, de los *Claros varones en letras de la ciudad de Sevilla*, no hubiese salvado de total olvido algunos pormenores de la vida de FOX MORCILLO, consignados luego, aunque no textual ni íntegramente, por Nicolás An-

tonio en la *Bibliotheca nova*, nada sabríamos del año de su nacimiento, que fué el de 1528, ni del lugar, que fué la calle de las Palmas de Sevilla. En cuanto á su linaje, el mismo FOX MORCILLO nos advierte, en su diálogo *De informandi styli ratione*, que derivaba de la nobilísima alcurnia provenzal de los condes de Foix, á la cual pertenecía, bien que algo remotamente, uno de los caballeros franceses que asistieron á la conquista de Sevilla con San Fernando. Esta noticia, confirmada por Rodrigo Caro, deshace todas las dudas acerca del verdadero apellido de nuestro filósofo, que es, sin duda, Fox (corruptela de Foix), aunque tampoco deban rechazarse las variantes latinizadas *Foxo* y *Foxio*, que tienen en su abono la autoridad de antiguos y graves escritores.

La familia sevillana de FOX MORCILLO debía de ser tan opulenta como noble, pues dió á su generoso vástago la educación más completa en las artes liberales, primero en su ciudad natal, cuyo florecimiento literario y artístico superaba entonces al de casi todas las otras ciudades españolas, excepto Valencia y Sala-

manca; y luego en los Países Bajos, en la célebre universidad de Lovaina, en cuyos libros de matrículas (*) aparecen inscritos su nombre y el de un hermano suyo durante dos cursos sucesivos. El mismo FOX MORCILLO, en las dedicatorias y en el contexto de algunos de sus diálogos, habla con extraordinario cariño y noble entusiasmo de sus maestros los filósofos Pedro Nanio y Cornelio Valerio y el matemático Jerónimo Frivio.

Desde este punto, toda fuente de información biográfica nos falta: la vida de FOX MORCILLO se reduce á sus libros y á la eficacia de sus doctrinas. Sólo sabemos que la reputación por él adquirida fué tal que movió el ánimo del prudentísimo Felipe II á elegirle por maestro de su hijo el príncipe D. Carlos, prefiriéndole á tantos y tantos otros ilustres varones como en aquella dichosa edad honraban las letras españolas. Pero las olas del mar del Norte, sepultando en su seno la nave que le conducía á la Península, frustraron las espe-

(*) Los ha examinado mi íntimo amigo el Sr. Menendez y Pelayo, á quien debo éste y demás datos nuevos del presente discurso.

ranzas del rey y del filósofo cuando éste no había traspuesto aún los linderos de la juventud.

Trece son las obras, escritas todas en latin, que vinculan á la posteridad el nombre del filósofo sevillano; y para ocuparnos, aunque brevemente, en su estudio, convendrá dividir las en dos secciones. Á la primera, pertenecen las literarias; á la segunda, las filosóficas. En el grupo literario incluimos la titulada *In Topica Ciceronis paraphrasis et scholia*, primer ensayo de FOX MORCILLO, compuesto á los veintidos años de edad, dedicado al prócer sevillano D. Perafán de Ribera, é impreso en Amberes en 1550; y los dos bellísimos diálogos retóricos *De imitatione, sive de informandi styli ratione* (Amberes, 1554) y *De Historiae institutione* (Paris, 1557). Las diez obras restantes, ya originales, ya comentarios de las de Platón, abarcan, casi íntegro, aunque en una forma libre, el sistema de las ciencias filosóficas, y pudieran graduarse y eslabonarse del modo siguiente. El libro *De studii philosophici ratione* (Amberes, 1621), dedicado por el autor á su hermano Francisco, sirve de introducción general y como de pro-

pedéutica á la doctrina de FOX MORCILLO. Su parte lógica se contiene en los *De demonstratione, ejusque necessitate ac vi* y *De usu et exercitatione dialecticae* (Basilea, 1556): su Física y su Metafísica, en el *De naturae philosophia, seu de Platonis et Aristotelis consensione*, en el *In Platonis Timaeum, seu de Universo commentarius* (Basilea, 1554), y en el *In Phaedonem Platonis, seu de animarum immortalitate* (Basilea, 1556): su Moral y su Política en el *Compendium Ethices* (Basilea, 1554), en el comentario á la *República*, que anda impreso con el *Phedón*, en el tratado *De Regno et Regis institutione* (Paris, 1557), y en los breves diálogos *De Juventute* y *De Honore*, dados á luz con el libro *De Demonstratione*, y el segundo de ellos traducido al francés por Francisco Barraud (París, 1759).

No cabe en los reducidos límites de esta disertación académica un estudio detenido y minucioso sobre tantos y tan variados libros. Pasaremos, pues, rápidamente por los que no son de índole filosófica pura; y aun en los de filosofía atenderemos sólo al principio capital

que los enlaza y que constituye la mayor gloria y originalidad de FOX MORCILLO.

No se propuso nuestro sabio ilustrar todas las partes de la Retórica siguiendo servilmente las huellas de los antiguos, sino tratar solamente de la imitación y del modo de formar el estilo, para lo cual imaginó un coloquio socrático entre su hermano y un discípulo suyo, español también, á quienes presenta paseando y conversando por los alrededores de Lovaina.

Admite FOX MORCILLO el principio de imitación; pero ¿de qué manera tan amplia y libre la entiende, á pesar de las preocupaciones clásicas de su tiempo! No la hace consistir, ciertamente, en apropiarse ajenos períodos y sentencias, formando un centon y cayendo en el plagio, sino que busca su raíz y fundamento en una oculta semejanza psicológica, en una simpatía de naturaleza entre el imitador y el modelo (*in naturae similitudine*). Toda cosa se hace á semejanza de otra, y Dios mismo creó el mundo conforme á su Idea ejemplar. El que por naturaleza es seco, de pocas y mal trabadas razones ¿cómo ha

de pretender imitar la pompa, el número y la verbosidad de Cicerón? Al contrario, el que propende á la afluencia y gala del estilo ¿podrá ceñirse á la brevedad de Salustio ó al austero y nervioso laconismo de Tácito? Además, el estilo debe acomodarse á las cosas de que se trata, sometiendo la forma á la materia y no la materia á la forma.

Para FOX MORCILLO, por consiguiente, tiene la teoría del estilo una parte subjetiva y otra objetiva, cumpliéndose en éste, como en los demás puntos de su enseñanza, el principio de conciliación armónica, á que rinde constante culto. La belleza de la forma literaria nace de la conjunción perfecta entre el objeto del discurso y la índole del escritor. La sentencia de Buffon: *el estilo es el hombre*, á la cual corresponde esta otra de FOX MORCILLO: *es más fácil conocer el interior de un hombre por su estilo, que por su rostro ni por su trato*, sólo expresa el elemento subjetivo; no nos da más que la mitad del concepto del estilo. Nuestro humanista le completa y redondea con este otro aforismo: *naturam subjectae rei observare*. Sólo así lo-

grará unidad la composición, á semejanza de la Idea, que liga todas sus partes en el entendimiento.

Es de notar asimismo en este diálogo la libertad de espíritu con que FOX MORCILLO, sin embargo de ser ciceroniano fervoroso, no recomienda exclusivamente la imitación de Marco Tulio, sino que pone por ejemplares dignos de estudio á todos los autores latinos que florecieron desde el Príncipe de la elocuencia hasta Quintiliano y á todos los griegos desde Platón hasta Plutarco.

Completa las especulaciones literarias de FOX MORCILLO su bello tratado *De Historiae institutione*, en que expuso una verdadera teoría del arte histórica, más cabal y filosófica que las que en Italia habían ensayado Pontano, Patricio y Robortello. Definió la historia: «narración culta, elegante y verdadera de algun suceso, para que su conocimiento se imprima hondamente en el ánimo de los hombres, perpetuándose, consignadas en los monumentos históricos, las cosas, de suyo frágiles y perecederas.» Se aparta *toto coelo* de la opinión de los que sienten que el argu-

mento de la historia ha de ser agradable al lector; y él por su parte enseña que todo debe contarse, aunque parezca áspero, duro é inameno, puesto que al historiador no le es lícito elegir entre los hechos, ni omitir nada digno de saberse, por más que favorezca á la parte contraria y sea, para nosotros, molesto y peligroso.

Si Bacón llamó á la Geografía y la Cronología *ojos de la historia*, FOX MORCILLO, aun concediéndoles importancia suma, exige, con espíritu filosófico, algo más que la distinción de los lugares y tiempos, la investigación de las causas de los hechos y de los pensamientos humanos. No circunscribe la historia á la estéril y desabrida tarea de contar genealogías de príncipes y sangrientas batallas; quiere que su mayor interés se cifre en dar á conocer las vicisitudes de las leyes, los conflictos y sediciones populares, la fundación de colonias, las navegaciones y los descubrimientos; en una palabra, todos los elementos y aspectos de la civilización. Semejantes ideas, tan comunmente recibidas hoy, aunque todavía haya no pocos historiadores

que están lejos de practicarlas, eran rarísimas en tiempo de Fox MORCILLO. De mí sé decir que no conozco escritor alguno que antes de él las proclamase, fuera del incomparable Juan Luís Vives.

No es menos digno de alabanza en este peregrino tratado el singular amor que Fox MORCILLO profesa á la verdad histórica, inculcando en cada página la máxima, tan moral como luminosa, de que la historia no ha de escribirse para lisonjear el orgullo de una nación ó de un partido, ni para vanagloria del autor, ni por ejercicio académico de estilo, sino en obsequio á la verdad y á la justicia. No oculta al historiador los peligros que ha de acarrearle esta austera consagración al culto de la verdad, y no sólo reclama de él profundos conocimientos en las divinas y humanas letras y especialmente en las ciencias jurídicas, sino además largos viajes y haber practicado las costumbres de muchos pueblos é intervenido en negocios de paz y de guerra, viéndolo todo con sus ojos y palpándolo con sus manos. Y lleva tan allá su concepción absoluta de las perfecciones del historiador,

que desearía colocarle, si posible fuera, en tal altura, que no llegasen á él los embates de la realidad, sin ser ciudadano de ninguna república ni súbdito de ningun monarca, ni pariente ó amigo de nadie, exento, en suma, de todo vínculo y de toda pasión ó afecto, semejante á un dios helénico que desde la cima del Olimpo contemplase las cosas humanas, sin tomar parte en ellas, con perfecta serenidad y alto sosiego. Nadie ha ensalzado con tan elocuentes frases como FOX MORCILLO el poder y la eficacia social de la historia, que él considera como una pintura ó espejo de la vida humana, como una escuela continuamente abierta á la meditación de los hombres y de las repúblicas.

Pero si tan dignos de remembranza y loa son los escritos literarios de FOX MORCILLO, todavía raya más alto la estimación que nos inspira cuando recorremos la riquísima serie de sus obras filosóficas, en las cuales vive para nosotros y difunde inmortal aroma la flor del platonismo del siglo XVI, que es tan español como italiano, aunque se le llame por excelencia florentino, no más que por

haberse establecido á orillas del Arno sus primeras academias y por haber brillado allí su primer intérprete Marsilio Ficino.

Nunca se presentó tan ardiente y viva la pugna que, más ó ménos declarada, ha existido siempre entre los secuaces de Platón y los de Aristóteles, como en los siglos XV y XVI, ó sea en la época llamada del Renacimiento. La autoridad de Aristóteles era casi absoluta durante la Edad Media, en que, por un lado, los árabes, sobre todo los averroistas, y por otro los escolásticos, si bien modificando su doctrina y haciéndola pasar por el tamiz del Catolicismo, como es de ver en la maravillosa construcción del Ángel de las Escuelas, habían contribuido á acrecentar su prestigio y afirmar su universal imperio. Pero las relaciones cada dia más estrechas entre Italia y Grecia desde las Cruzadas, la reunión transitoria de una parte de la Iglesia Griega con la Latina en el Concilio de Florencia, y la toma de Constantinopla por los turcos, que arrojó á las playas italianas las reliquias del antiguo saber bizantino, produjeron en el Occidente un poderoso movimiento de variedad é inde-

pendencia filosófica que vino á socavar la antes indisputada supremacía de Aristóteles. Platón fué el lema que en su bandera escribieron los adversarios del Estagirita. Dos períodos principales pueden señalarse en esta memorable lucha, que constituye uno de los episodios más interesantes de la historia del pensamiento humano. El primero, de oposición declarada y fanática al nombre y á la autoridad de Aristóteles, aparece personificado en el filósofo griego Jorge Gemisto Plethón, que comenzó á enseñar en Florencia el año 1438, siendo acerbamente combatido por otros griegos adictos al Peripato, tales como Jorge de Trebisonda y Teodoro de Gaza. Mas no tarda en iniciarse, cobrando fuerzas paulatinamente, por el cansancio de unos y otros contendientes y por la mejor comprensión de los términos del problema metafísico, la tendencia conciliadora, aunque predominantemente platónica, que apunta en el cardenal Bessarion y llega á su apogeo en nuestros eximios filósofos Leon Hebreo y Fox MORCILLO.

El antagonismo entre el fundador de la Academia y el del Liceo, aunque se extiende

á todas las esferas de la filosofía, concéntrase principalmente en la doctrina de las *ideas* y la doctrina de las *formas*. En la Edad Media el problema se formulaba de otro modo: llamábase disputa de *los universales* y se ventilaba en el terreno dialéctico. En los tiempos modernos esta cuestión, que constantemente renace y que no acabará mientras duren las actuales condiciones del espíritu humano, porque en ella sola se resume, hasta cierto punto, toda la filosofía, llámase cuestión *onto-psicológica*, y los sistemas que aspiran á resolverla distínguense con el calificativo de *armónicos*. Pero de cualquier modo que se plantee, ora en el campo metafísico, ora en el cosmológico, ora en el antropológico, la cuestión en el fondo será siempre la misma, es decir, la oposición entre lo absoluto y lo relativo, entre lo universal y lo particular, entre lo incondicionado y lo condicionado, entre el mundo de las ideas y el mundo de los fenómenos, entre lo permanente y lo transitorio, entre lo inmutable y lo fugitivo.

En el siglo XVI se preguntaba: ¿Existe en las cosas algo distinto de las cosas mismas?

¿Tienen éstas valor por sí propias, ó le reciben del principio que las informa? ¿Está la realidad en el fenómeno ó depende de la idea? La idea misma ¿es algo real y separado, ó algo real que radica en la mente humana, ó pura abstracción y concepto de la mente? ¿El mundo se explica por las ideas ó por las formas? ¿Cómo podrán estas formas ó estas ideas reducirse á unidad?

Tales preguntas constituyen la llamada cuestión *de Principiis rerum naturalium*. Los aristotélicos, así escolásticos como clásicos ó helenistas, entre los cuales descuella por su profundidad y elegancia el jesuita valenciano Pererio, resolvíanla con su doctrina de la composición de los cuerpos *de materia y forma* recíprocamente distintas, siendo la primera como el principio femenino y subordinado y, como el principio masculino, activo y vivificador, la segunda. Los platónicos, por el contrario, encerrados en la altísima región de las *ideas* puras y abstractas de toda materia, para explicar el tránsito de este mundo ideal al mundo físico, acudían al sobrenatural auxilio de un demiurgo, ó bien declaraban

fantástico, engañoso y aparente el mundo de los fenómenos, sosteniendo que sólo tiene valor por las *ideas*, de las cuales es borrosa impresión ó pálido reflejo, y que el conocimiento de éstas constituye la única ciencia, la ciencia del ser, la ciencia de lo real, que ellos, tomando la palabra en una acepción enteramente distinta de la de los aristotélicos, denominaban *Dialéctica*.

Tal era la posición de los dos opuestos campos, del *empirismo* y del *idealismo*, cuando FOX MORCILLO, pertrechado de inmenso saber, bebido en las mismas fuentes de la filosofía griega, y animado por el generoso ardor de su lozana edad, se lanzó á la arena, en son de paz, con su libro inmortal *De naturae philosophia, seu de Platonis et Aristotelis consensione*, el cual produjo tan honda impresión entre los doctos, que en breve tiempo alcanzó repetidas ediciones (Lovaina, 1554; París, 1560; Witemberg, 1594,.....)

El Autor empieza su libro con una declaración de independendencia filosófica análoga á la de Descartes. «El método que siempre me propuse en mis estudios filosóficos fué no

seguir por sistema á ningún maestro, sino abrazar y defender lo que me parecía más probable, ya viniese de Platón, ya de Aristóteles, ya de cualquier otro. No dudo que esta manera de filosofar desagradará á hombres divididos en varias sectas y pertinacísimos en defenderlas; pero juzgo que el amor de la verdad debe anteponerse á toda autoridad humana. Mi fe la reservo para los testimonios divinos y para los de la Iglesia Católica, únicos que acato y defiendo en todo, como infalibles y eternos oráculos.»

Fué nuestro FOX MORCILLO uno de los primeros en aplicar á la filosofía el método geométrico, que, partiendo de algunos axiomas, definiciones é hipótesis, va sacando de ellos todo lo restante del discurso. Tal es el orden que siguió en el tratado *De naturae philosophia*. Expongamos en pocas palabras su sistema.

Forma el objeto de la filosofía todo aquello que puede caer bajo el conocimiento humano, ora esté separado de los cuerpos y sólo sea perceptible por la inteligencia, ora esté adherido á la naturaleza corpórea. El

objeto particular de la Física ó Filosofía de la naturaleza no es ni puede ser el ente movable, como algunos peripatéticos afirman: los entes movibles y transitorios no pueden ser materia de ningún conocimiento propiamente científico, porque la ciencia debe elevarse á los principios, á las últimas razones de la composición de todos los cuerpos. Dos procedimientos distintos se han seguido para investigar estas supremas razones. Aristóteles comienza por las cosas sensibles (*in sensum cadentibus*); Platón por las nociones ideales. Pero lo mismo Platón que Aristóteles convienen en suponer un primer principio incorpóreo y eterno, llámese *primera naturaleza* ó *motor primero*. Convienen asimismo en admitir un segundo principio, que Aristóteles apellida *naturaleza segunda* y Platón *alma del mundo*. Y convienen, finalmente, entre sí y difieren de la doctrina católica en enseñar la eternidad del mundo y la incorruptibilidad de la materia, que consideran como una capacidad incorpórea, susceptible de recibir innumerables formas y sujeto de mutaciones infinitas.

¿En qué consiste, pues, la contradicción entre el discípulo y el maestro? Consiste, sobre todo, en la doctrina de las *ideas* profesada por Platón, y en la doctrina de las *formas*, que Aristóteles propugna. ¿Y cómo resuelve FOX MORCILLO esta antinomia? Ampliando el concepto de la *forma* hasta confundirle con el de la *idea*, y concretando la *idea* hasta adherirla á los cuerpos para que los *informe*. Sus palabras son terminantes y muy dignas de ponerse aquí, vertidas á nuestra lengua, porque encierran todo el pensamiento de su tratado.

«La *forma*, ó, lo que es igual, la *idea* sepárala Platón de las cosas corpóreas y concretas y la coloca en la mente de Dios, como ejemplar y dechado de la creación. Aristóteles la une y liga á los cuerpos, como si fuera una parte de su sustancia. Al concepto divino le llama Platón *causa ejemplar de todas las cosas*. Y esta *idea*, que reside en la mente divina, difiere del pensamiento humano en ser eterna, estar dotada de virtud productiva y carecer de toda mancha y contagio corpóreo; mientras

que en nosotros la *idea* es corpórea, quiero decir, ligada al cuerpo, y nada puede producir por sí. Platón enseña en el *Parménides* que esa *Idea* es una, infinita y eterna, abrazando en su unidad las *ideas* de todas las cosas singulares. Lo mismo nos declara Plotino en el libro *De las ideas y de la multitud*. Esta *idea* va imprimiendo su sello en las formas de las cosas singulares. Aristóteles, por el contrario, no considera la idea sino bajo el aspecto de *forma* unida á los cuerpos, y ésta quiere que sea el principio de su constitución. Pero, así y todo, en el segundo libro de la *Física* confiesa la existencia de una *forma* divina, de la cual todas las demás *formas* proceden, porque ella sola las comprende todas. En lo cual me parece que viene á decir lo mismo que Platón ó que se resbala hácia el dictámen de su maestro sin sentirlo. Porque si hay una *forma* primera y divina, á la cual, como á su fin, se refieran todas las demás, tiene que ser un *algo universal, separado de la cosa misma.*»

«Si sólo tuviésemos que tratar de los

principios anejos á las cosas naturales, bastaría con la *materia* y la *forma* de los aristotélicos para explicar la composición de los cuerpos. Pero como, por confesión del mismo Aristóteles, el físico debe remontarse á los principios universales, hemos de buscar algo anterior y superior á la *materia* y la *forma*, algo que no pertenezca al género de las cosas compuestas, sino que preceda á toda composición y exista por sí mismo simplicísimamente.»

Tales son las *Ideas* que FOX MORCILLO, interpretando el pensamiento de Platón en el sentido de San Agustín y de los Teólogos, supone colocadas en el entendimiento divino; aunque sobre este punto haya grandes oscuridades y contradicciones en los diálogos del discípulo de Sócrates.

No seguiremos á FOX MORCILLO en todos los ingeniosos pormenores de esta concordia. Sería menester para ello trasladar íntegro su libro, en el cual unas veces rectifica y explana á Aristóteles por medio de Platón, y otras á Platón por medio de Aristóteles, separándose de ambos siempre que los encuen-

tra en oposición con el dogma, v. g. en cuanto á la eternidad del mundo, á la personalidad de Dios, á la trasmigración de las almas y á la *reminiscencia*. De esta suerte cumple en todas sus partes el programa de libertad cristiana que formuló al principio y que es, en sustancia, el de toda la ciencia española del siglo XVI, tan bien avenida con Dios y con su Iglesia, como rebelde á cualquier otro yugo de autoridad filosófica y humana.

Las teorías ideológicas de FOX MORCILLO se deducen principalmente de sus dos libros *De demonstratione, ejusque necessitate ac vi*, y *De usu et exercitatione Dialecticae*, que se imprimieron juntos en Basilea el año 1556. Como ferviente platónico que es, admite las *ideas innatas*, que llama *naturales nociones del alma*; pero aun en este punto lleva su afán de armonizarlo todo hasta querer incluir debajo de esa doctrina el aforismo peripatético, atribuido á Estraton de Lampsaco, que exageró las consecuencias sensualistas de algunas ideas de Aristóteles su maestro: *Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*. «Esto se ha de entender (dice el suti-

lísimo FOX MORCILLO, anticipándose mucho á Leibnitz) en cuanto que nuestra *noción innata* se ejercita sobre las cosas percibidas por los sentidos. Nada hay, pues, en el entendimiento que antes no haya estado en los sentidos, *excepto las nociones naturales del mismo entendimiento.*»

«Si nouviésemos (añade) conocimiento más firme y seguro que el que procede de los sentidos, no podríamos formar juicio alguno, porque los sentidos perciben sólo las formas de las cosas, no las disciernen. Necesariamente ha de haber en nuestro entendimiento ciertas ideas ó nociones de las cosas, impresas por la misma naturaleza, porque si el alma no usara de tal instrumento para la intelección, la mente percibiría y comprendería, no ya las formas de las cosas, sino las cosas mismas, y observamos que sucede todo lo contrario.»

Vemos, pues, que FOX MORCILLO debe ser contado entre los adversarios del conocimiento directo, defendido con tanta habilidad en su mismo tiempo por Gomez Pereira y en dias posteriores, por los filósofos escoceses;

pero tampoco admite las especies inteligibles de los escolásticos, sino que, procediendo de dentro á fuera, en vez de proceder de fuera á dentro, como ellos, las sustituye con las ideas innatas, por cuyo medio la mente purifica y hace incorpóreas las imágenes que de los cuerpos le trasmiten los sentidos.

De este modo se atenúa, ya que no se resuelva por completo, la contradicción entre Platón y Aristóteles, aun en la cuestión sobre los medios de conocer, en que parece más radical y profunda. «Ni los *sentidos* sin las *nociones*, ni las *nociones* sin los *sentidos* (repite FOX MORCILLO): *Nec sensus sine iisdem notionibus satis ad scientiam pariendam sunt, nec sine sensibus ipsae notiones.*» Así se explica también la contradicción que algunos han querido ver en nuestro insigne Vives, cuando enseña, por una parte, que «el alma posee las semillas de todas las artes y ciencias, las cuales son como unas *anticipaciones* y advertencias grabadas en ella por la naturaleza,» y por otra, afirma que «entramos al conocimiento de las cosas por las puertas de los sentidos, y que no tenemos

otras mientras estamos encerrados en este cuerpo.»

Sólo la ciencia de los primeros principios es para FOX MORCILLO cierta é inmutable, porque, conocidos los principios, se conoce en cierta manera todo lo que en ellos, como en germen, se contiene. La ciencia que FOX MORCILLO imagina no es cualquiera clase de conocimiento, sino *la que es* y no puede ser de otro modo, la que se funda en la objetividad y realidad mismas, la que tiene por campo y jurisdicción las cosas fijas y verdaderamente existentes, no las movedizas y pasajeras, la que arranca de los *principia per se nota*; en una palabra, la ciencia de los universales, no la de los singulares; la ciencia que, derramada en nuestra mente como fecunda semilla por la pródiga naturaleza, nos obliga á decir que tres y dos son cinco, aunque no hayamos visto antes ni dos ni tres; la que nos hace buscar el bien y huir del mal, por una aptitud irresistible del alma (*ut mens..... quasi apta et proclivis per se sit*); la que, al reconocer la verdad, parece que no verifica sino un acto de memoria. ¡Tan mis-

teriosa conformidad tiene lo verdadero con esas ideas ó nociones que dormitan en el fondo del alma y que despiertan alborozadas á su presencia!

De estas ideas innatas la primera y más general es la idea del *ser*, que, aplicada á las percepciones de los sentidos, nos da ya un conocimiento confuso de las cosas, en el cual no cabe error alguno, porque *todo lo que se percibe* ES. A esta noción se van añadiendo otras, v. g. la de *esencia* y *accidente*, que tampoco es falible ni está sujeta á rectificación. Entonces comienza á verse distintamente lo que antes se percibía tan sólo bajo una razón confusa y universalísima. El entendimiento ve ya concreta y distinta la cosa percibida, y le agrega las notas de ser esta ó la otra *esencia*, de serlo de este modo ó del otro, de ser simple ó compuesta. *Ser, esencia, accidente, cualidad, modalidad.....* tales son los grados del conocimiento en el sistema de FOX MORCILLO; tal la cadena de ideas innatas, por las cuales, según él, forzosamente va pasando y modificándose la percepción de lo sen-

sible. En la aplicación de las últimas categorías caben muchos errores, ya por adición, ya por sustracción indebidas; pero siempre el alma parte del concepto más universal é indeterminado, que es el del *ser*, al paso que los sentidos sólo aprehenden lo singular, que por su multiplicidad misma viene á producir un conocimiento confuso, aunque en razón inversa al conocimiento intelectual, cuya confusión y vaguedad proceden de su misma *unidad*, cifrada en la noción del *ser* (*aliquid esse*). A estos dos modos del conocimiento, que van, el uno de lo singular á lo universal, el otro de lo universal á lo singular, corresponden dos procedimientos; la *síntesis*, que compone varias cosas entre sí, unificándolas, y la *análisis*, que descompone un todo en sus partes, diversificándolas. La *síntesis* es más útil para constituir las ciencias, la *análisis* para transmitir las y enseñarlas.

Bastan estas someras indicaciones para comprender toda la trascendencia del sistema de FOX MORCILLO, que implica una verdadera revolución en la dialéctica tradicional y el regreso á la Dialéctica platónica,

pero ensanchada en términos de caber dentro de ella hasta la inducción de Vives y de Bacón, á la cual nuestro filósofo sevillano confía la tarea de demostrar *a posteriori* las mismas verdades *per se notas*.

Como FOX MORCILLO creía que la ciencia filosófica no debe encerrarse en la pura especulación, sino proponerse fines prácticos, compuso, además de su *Comentario á la República* de Platón, un tratado de Ética y otro de Política. En todos estos libros explica su idea armónica, pero dando muy señalada preferencia á Platón, cuyas opiniones adopta al tratar del *sumo bien* y al declarar *innatos* y no adquiridos los afectos humanos. En la República platónica no le parece mal el despotismo del Estado, pero sí la comunidad de mujeres y la participación de éstas en los negocios públicos. Á Aristóteles le acusa de subordinarlo todo á un principio utilitario de interés y conveniencia pública. La conciliación de Platón y Aristóteles, depurados en el crisol del espiritualismo cristiano, era para FOX MORCILLO el ideal de la ciencia política como de toda ciencia.

Si una concepción trascendental de la naturaleza y del espíritu humano, si una idea luminosísima, perseguida con infatigable ardor y enorme caudal de erudición y doctrina, bastan para hacer que la figura de un pensador resalte con individualidad poderosa en los anales de la ciencia, FOX MORCILLO, no hay que dudarlo, ha merecido esta gloria. Sea cualquiera la opinión que se adopte sobre el origen de las ideas, ora se parta del mundo interior, ora del mundo exterior, siempre habrá que reconocer extraordinario vigor de pensamiento en el filósofo que intentó componer en una teoría sintética estos dos elementos. Sea cualquiera la solución que se dé al temeroso problema de la composición de los cuerpos, siempre habrá que descubrirse con respeto ante el joven filósofo que, ligando el mundo ideal con el real, excogitó la sencilla y sublime teoría de *la idea sobre las cosas* y de *la idea en las cosas* (la *forma*). Pueden discutirse, y de fijo se discutirán hasta la consumación de los siglos, estas soluciones; pero tales como son, y aunque no nos den, ni mucho menos, la verdad entera (negada quizá

para siempre á las fuerzas naturales de nuestro entendimiento), nos inspiran sed inextinguible de alcanzarla, nos hacen vislumbrar la correspondencia armónica que, en maravilloso triángulo, media entre las cosas creadas y las ideas ó razones eternas y entre unas y otras y la mente humana, y nos infunden un cierto modo de pensar generoso y alto, que desdeña los valles y ama las cumbres. El hecho mismo de haber planteado con tanta precisión y claridad las dos cuestiones capitales de la filosofía, en un tiempo en que la erudición, desbordándose, anegaba lo esencial bajo la balumba de los pormenores, es ya indicio seguro de un soberano talento filosófico. ¡Desdicha grande fué que la muerte, impidiéndole llegar á perfecta madurez, privase á España de los frutos de su fecundo magisterio y de la gloria de poder inscribir su nombre al lado de los más insignes que en la historia del espíritu humano resplandecen!

Quien algo entienda de estas materias y no cierre los ojos á la luz no podrá menos de reconocer la regularidad con que, á través de los siglos, se reproducen entre los

filósofos españoles unas mismas tendencias, dando color al pensamiento nacional y unidad á su historia. El *espíritu crítico* y el *espíritu armónico* se disputan desde remota fecha el predominio en nuestra filosofía, tendiéndose á veces amorosamente la mano. FOX MORCILLO, aunque educado cuando estaba en todo su auge el impulso *crítico* del Renacimiento, cuya más alta expresion es Vives, obedece de lleno á la corriente *armónica*, adelantándose al gran Leibnitz en más de un siglo. ¡Y cuán antiguos y autorizados precedentes no tenía en España!

Séneca abre la serie de los filósofos ibéricos, y Séneca afirma ya, en su Epístola 58, la identidad de la *idea* y de la *forma* diciendo: *Eidos in opere est: Idea extra opus, nec tantum extra opus est, sed ante opus*. El *eidos*, la *forma* aristotélica, es la *idea* en las cosas, la manifestación concreta del ejemplar eterno.

¿Y cuál otro es el sentido de la doctrina de nuestro célebre poeta y filósofo judío del siglo XI, Salomón Ben-Gebirol (llamado por los cristianos Avicbron), cuándo en su libro

de la *Fuente de la vida* nos enseña que «las formas sensibles son al alma lo que el libro escrito es al lector, porque cuando la vista percibe los caracteres y los signos, el alma recuerda el verdadero sentido que bajo ellos se oculta?» Sólo que Ben-Gebirol, como panteísta, aunque inconsecuente, supone que la *forma* universal es la impresión del *Uno Verdadero* y que ella constituye la esencia de la generalidad de las especies, es decir, de la especie general, en cuya idea están contenidas todas las especies particulares. Lo cual en otra parte formuló en términos todavía más claros diciendo que la *forma* es la unidad que abraza todas las cosas y en todas las cosas reside. Las formas corpóreas son para él imágenes de las formas psíquicas, vistas en sueños, y éstas lo son de las formas inteligibles.

Cuando el *Racionalismo*, que se decoraba con el apellido de *armónico* y que, sin duda, por lo que de *armónico* tenía ó aparentaba tener, sedujo y fascinó á muchas y, algunas, muy nobles inteligencias; cuando esa panteística filosofía, en mal hora venida de allende

el Rin, quiso, para obtener mejor acogida en nuestro suelo, ostentar antiguo abolen-go español, no hizo bien en invocar el nombre de Raimundo Lulio; debió remontarse más allá y no detenerse hasta la *Fuente de la Vida*, con cuyas doctrinas presentan las suyas no pocos puntos de parentesco. El *realismo* de Lulio es cosa muy distinta; es el realismo platónico con las diferencias que forzosamente habían de mediar entre la filosofía antigua y la filosofía escolástica. Su gigantesca idea de una ciencia general, aplicable á todas las ciencias particulares, con principios generalísimos en los cuales estén implícitos y contenidos los principios de cada una de ellas, como está contenido lo particular en lo universal, nos ofrece la expresión más completa y original del *armonismo* español. Concepciones sintéticas muy semejantes vemos aparecer, más ó menos desarrolladas, en los *Diálogos de Amor* de León Hebreo y en *Los Nombres de Cristo* de Fr. Luís de León.

¿Será posible negar, en vista de tales datos, que el *armonismo* tiene oculta y extraordinaria eficacia para cautivar á enten-

dimientos españoles; que las tentativas de Fox MORCILLO, á formularle encaminadas, no constituyen un fenómeno aislado en el proceso histórico de nuestra filosofía?

Legítima, por lo mismo que natural, como aspiración implícita del alma á un mundo mejor, donde todas las antinomias temporales se resuelven en perdurables armonías; legítima es, sin duda, esta tendencia á conciliar las antitéticas doctrinas del *idealismo* y del *empirismo*, reduciendo á unidad la muchedumbre de sus diferencias, bien como el Hacedor Supremo concertó en el hombre por alta manera los opuestos polos de la Creación, el espíritu y la materia. ¡Quiera Dios, empero, que nunca degenera de *armonista* en violentamente *unitaria*, ni vaya, por ende, á precipitarse en el tenebroso caos del panteísmo, término fatal de los grandes extravíos de la especulación filosófica! ¡Quiera Dios que los futuros pensadores españoles, conteniendo el anhelo de unidad dentro de justos límites, sepan, como Fox MORCILLO, conservar clara, precisa, incólume la distinción entre el sujeto y el objeto, entre lo finito y el infinito, la

personalidad divina, la libertad humana, principios vitales de toda filosofía que no quiera demostrar prácticamente con sus mismas aberraciones que *entre la razón humana y el absurdo hay una afinidad secreta, un amor invencible!* Lograránlo, de fijo, si, á ejemplo de nuestro memorable hispalense, acatando rendidamente *como infalibles y eternos oráculos los testimonios divinos y los de la Iglesia Católica*, los llevan siempre por norte al internarse en el inmenso piélago de las disquisiciones metafísicas. No los pierdan nunca de vista, y bien podrán, como el poeta, desplegar las velas del pensamiento

..... *en golfo tan remoto*
Que no descubran sino mar y cielo.

¡Qué á vosotros también, dorada juventud compostelana; qué á vosotros también os guien constantemente en el curso de los estudios aquellas luces sublimes, á fin de que, prosiguiéndolos con seguro rumbo, lleguéis á coronar un día las halagüeñas esperanzas que, á una con los que os dieron el ser, fundan en vuestro talento y aplica-

ción la Universidad y la Patria! Llamados estáis á ser en lo venidero maestros de la verdad, sacerdotes de la justicia, promovedores del bién, intérpretes de la belleza, cabezas y rectores de la sociedad, combatiendo en primera línea al error y al mal en las diversas esferas de la ciencia y de la vida. Para haceros dignos de tan elevados ministerios, entregaos de lleno al cultivo de vuestra noble vocación, procurando que en vosotros crezcan de continuo el amor y el entusiasmo por las santas obras del espíritu, de tal modo que ni el placer os enerve, ni la voz de sirena del mundo os atraiga, ni las contrariedades os desalienten, ni los triunfos y alabanzas os engrían y desvanezcan. No olvidéis jamás que, como el sol en las aguas limpias y serenas, la luz del saber únicamente reverbera con claridad perfecta en las almas puras y reposadas, donde no hierven pasiones bajas, sórdidas ni tumultuosas. ¡Cuán elocuentes pruebas de esta verdad nos dejaron nuestros antiguos sabios en los peregrinos monumentos de su ciencia gigantesca, tanto más asombrosa, cuanto á mayor distancia de tiempo la

contemplamos! Seguid la senda por donde ellos ascendieron á la cumbre de la inmortalidad; seguidla sin titubear, rechazando, como ellos, con viril denuedo todo embate de forasteras y anticristianas enseñanzas, no menos contrarias al orden natural que al sobrenatural, por más que de naturalismo blasonen. Seguid particularmente las huellas del preclaro escritor, objeto de este breve discurso, aprendiendo de él, sobre todo, á armonizar en vuestra conciencia los documentos de la fe y los dictámenes de la razón, á unir en fecundo consorcio la erudición sagrada y la profana y á exornar la excelsa majestad de la filosofía con las flores inmarcesibles del arte. De esta suerte alcanzaréis la dicha incomparable de contribuir eficazmente á renovar, engrandecido y perfeccionado con los adelantamientos positivos de la edad moderna, el siglo de oro de la ciencia patria, el gran siglo de los Vives y los Suarez, de los Sotos y los Arias Montanos, de los Agustines y los Gouveas, de los Mercados y los Valverdes. ¡Ojalá que esa era gloriosa, que mi patriotismo presente y se complace en vaticinaros, pueda transmitir á la

posteridad, acrecentando los timbres de esta
ilustre Escuela, algunos de vuestros nombres,
rodeados de aureola tan brillante como la que
mereció para el suyo el *prestantísimo* filó-
sofo español SEBASTIAN FOX MORCILLO!

HE DICHO.

UVA. BHSC. LEG 23-1 n°1729